

Alberto Manguel

Todos los hombres son
mentirosos

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard
Imagen: © EFE

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alberto Manguel, 2008
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria, www.schavelzongraham.com
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-232-7
Depósito legal: M. 32.510-2015
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

«Y dije en mi premura: Todos los hombres son mentirosos.»

Salmo CXVI:11

A Craig Stephenson, que nunca ha mentido

I. Apología

«¿Qué verdad es ésta que las montañas limitan y que resulta mentira en el mundo que más allá de ellas se extiende?»

MICHEL DE MONTAIGNE,
Apología de Raymond Sebond

Pero justamente a mí, venir a hablarme de Alejandro Bevilacqua. Mi querido Terradillos, ¿qué le puedo decir yo de ese personaje que cruzó mi vida hace ya treinta años? Si apenas lo conocí, o si lo conocí, lo conocí superficialmente. O más bien, para serle sincero, no quise conocerlo de veras. Es decir, lo conocí bien, ahora se lo confieso, pero de una manera distraída, a regañadientes. Nuestra relación (por llamarla de algún modo) tenía algo de cortesía oficial, de esa nostalgia compartida y convencional de los expatriados. No sé si me entiende. Nos juntó el destino, como quien dice, y si me obliga a jurar, la mano sobre el corazón, si éramos amigos, yo me vería obligado a confesarle que no teníamos nada en

común, excepto las palabras *República Argentina* grabadas en letras de oro sobre nuestros pasaportes.

¿Es la muerte de ese hombre la que lo atrae a usted, Terradillos? ¿Es la visión, esa que sigue alimentando mis pesadillas a pesar de no haberla visto yo con mis propios ojos, de Bevilacqua tendido sobre la acera, el cráneo destrozado, la sangre corriendo calle abajo hasta la alcantarilla, como queriendo huir del cuerpo inerte, como si no quisiese ser parte de ese abominable crimen, de ese final tan injusto, tan inesperado? ¿Eso busca?

Permítame dudarle. No un periodista enamorado de la vida, como es usted. No un hombre de terreno, como yo lo definiría. Usted, Terradillos, no es un corredor de necrológicas. Al contrario. Usted, indagador del mundo, quiere conocer los hechos vitales. Usted quiere narrarlos para sus lectores, para esos pocos interesados en un artífice como Bevilacqua cuyas raíces hurgaron alguna vez la región de Poitou-Charentes. Que es también la suya, Terradillos, no lo olvidemos. Usted quiere que esos lectores conozcan la verdad, concepto peligroso si alguna vez lo hubo. Usted quiere redimir a Bevilacqua en su tumba. Usted quiere darle a Bevilacqua una nueva biografía armada de pormenores basados en recuerdos reconstruidos con palabras. Y todo eso por la paupérrima razón de que la madre de Bevilacqua na-

ció en el mismo rincón del mundo que usted. ¡Vana empresa, amigo mío! ¿Sabe lo que le recomiendo? Que se dedique a otros personajes, a héroes más coloridos, a celebridades más llamativas de las cuales el Poitou-Charentes puede enorgullecerse de veras, como ese mariconcito heterosexual, el oficial de marina Pierre Loti, o ese mimado de las universidades yanquis, el calvo Michel Foucault. Éste es mi consejo. Usted, Terradillos, sabe redactar sabias crónicas; se lo digo yo, que de esas cosas conozco. No pierda su tiempo con nebulosidades, con los confusos recuerdos de un viejo rezongón.

Y vuelvo a preguntarle: ¿por qué yo?

Vamos a ver. Mi lugar de nacimiento fue una de las tantas escalas del prolongado éxodo de una familia judía de las estepas asiáticas a las estepas sudamericanas; los Bevilacqua, en cambio, llegaron derecho de Bérgamo a lo que fue a llamarse Provincia de Santa Fe a fines del siglo dieciocho. En la lejana colonia, esos antepasados italianos y aventureros instalaron un matadero; para conmemorar la sangrienta hazaña, en 1923 el alcalde de Venado Tuerto le dio el nombre de Bevilacqua a una de las callecitas menos burguesas de la zona oriental. Bevilacqua *père* conoció a la que sería su mujer, Marieta Guittón, en una parrillada patriótica; a los pocos meses se casaron. Cuando Alejandro cumplió un año, sus padres fallecieron en el desastre ferroviario de 1939, y la abuela pater-

na decidió llevarse al niño a la capital de la República. Allí, en el barrio de Belgrano, abrió un negocio de *delicatessen*. Bevilacqua (quien, como usted sabrá, tenía la enojosa virtud de ser escrupuloso en los detalles) me explicó que no siempre la familia se había ocupado de tripas y fiambres, y que hacía siglos, allá en Italia, algún Bevilacqua había sido cirujano en la corte de cierto cardenal u obispo. Orgullosa de aquellas vagas y distinguidas raíces, la señora Bevilacqua (que prefirió siempre ignorar las ramas hugonotes de la familia Guittón) era lo que llamábamos en mi juventud una chupacirios, y creo que, hasta el infarto que la dejó inválida, no faltó a la misa un solo día de su septuagenaria vida.

Usted, amigo Terradillos, piensa que yo puedo pintarle un retrato de Bevilacqua sentido, febril, fidedigno, que usted volcará en la página con tales calidades, inventándole además algún brochazo de color poitevino. Pero justamente, eso es lo que no puedo hacer. Sí, Bevilacqua se confiaba a mí, me revelaba los detalles más personales de su vida, me llenaba la cabeza de nimiedades íntimas, pero la verdad sea dicha, yo nunca entendí por qué Bevilacqua me contaba todas estas cosas. Le aseguro que yo no hacía nada para alentarle. Al contrario. Pero quizás porque imaginaba en mí, su conciudadano, una solicitud inexistente, o porque había decidido tildar mi obvia falta de afecto de sobriedad sentimental, lo cierto es que

se me aparecía en casa a cada momento del día y de la noche, sin parecer notar que el trabajo me apremiaba, y que yo necesitaba ganarme la vida, y se ponía a hablarme del pasado como si el flujo de palabras, de *sus* palabras, le recreara una realidad que sabía o sentía, a pesar de todo, irremediamente perdida. Inútil para mí tratar de convencerlo de que yo no era un exilado; que con diez años menos que él me había ido de Argentina casi adolescente y con ganas de viajar; que, después de echar tímidas raíces en Poitiers, me había instalado por un tiempito en Madrid para escribir tranquilo, a pesar de ese obligado resentimiento que sienten los argentinos hacia la capital de la Madre Patria, sin por lo tanto resignarme al cliché de vivir en San Sebastián o Barcelona.

No tome a mal mis comentarios: Bevilacqua no era uno de esos maleducados que se le sientan en el canapé y después usted no los despega ni con benzina. Al contrario. Era una de esas personas que parecen incapaces de la menor grosería, y era esa misma calidad lo que hacía que fuese tan difícil decirle que se fuera. Bevilacqua tenía una especie de gracia natural, una elegancia sencilla, una presencia anónima. Flaco y alto como era, se movía lentamente, como una jirafa. Su voz era a la vez ronca y tranquilizadora. Sus ojos encapuchados, latinos diría yo, le daban un aspecto somnoliento, y lo fijaban a uno de tal ma-

nera que era imposible mirar para otro lado cuando él hablaba. Y cuando extendía sus dedos finos, amarillos de nicotina, para prenderse a la manga de su interlocutor, uno se dejaba prender, sabiendo que toda resistencia era inútil. Sólo al momento de despedirse, yo me daba cuenta que me había hecho perder la tarde entera.

Quizás una de las razones por las que Bevilacqua se hallaba tan a gusto en España, y sobre todo en esos años todavía grises, era que su imaginación parecía siempre aferrarse a la realidad no concreta sino aparente. En España, no sé si usted estará de acuerdo, todo quiere rendirse a la evidencia: a cada edificio le ponen un cartelito, a cada monumento su etiqueta. Claro que los auténticos conocedores saben que una ciudad-aldea como Madrid es otra cosa, oculta, embozada; que las etiquetas son falsas y que lo que ven los turistas no es sino una *mise-en-scène*. Pero por alguna extraña razón las sombras que sus ojos le revelaban tenían para él una virtud mayor que la de su memoria o sus sueños, y aunque había sufrido, década tras década, las falsificaciones de la política y los embustes de la prensa en nuestra tierra natal, creía con sorprendente fe en las falsificaciones de la prensa y los embustes de la política de su tierra adoptada, arguyendo que aquéllas eran mentiras y éstos hechos veraces.

A ver si me entiende: Bevilacqua distinguía entre lo falso verdadero y lo verdadero falso, y lo

primero le parecía más real. ¿Sabía usted que tenía pasión por los documentales, cuanto más áridos mejor? Antes de saber que estaba publicando una novela, yo nunca hubiera sospechado que tuviese talento para escribir una ficción, ya que era la única persona que yo conocía capaz de pasarse toda una noche viendo una de esas películas que cuentan la vida en un frigorífico asturiano o un sanatorio algamiteño.

Ahora no vaya a pensar que yo no le tenía aprecio. Bevilacqua era —usemos el *mot juste*— un tipo sincero. Si le daba su palabra, uno se sentía obligado a creerle, y nunca se le ocurría a uno que su gesto fuese vacío o convencional. Tenía la forma de ser de ciertos hombres que yo veía de chico en Buenos Aires, vestidos de traje cruzado, delgados como fideos, el pelo negro engominado bajo el sombrero del shabat, que los viernes por la mañana saludaban a mi madre camino del mercado; hombres (según mi madre, que de eso sabía) de lenguas tan limpias que uno podía saber si una moneda era o no de plata colocándosela en la boca: si era falsa, se volvía negra al mero contacto con su saliva. Yo pienso que mi madre, siempre tan severa en sus juicios, hubiera echado una mirada a Bevilacqua y lo hubiese declarado un *Mensch*. Es que tenía algo de caballero de provincia, Alejandro Bevilacqua, una cierta calma y falta de curiosidad que hacía que uno moderase los chistes en su presencia y tratase de ser lo más

exacto posible en las anécdotas. No es que le faltase imaginación al hombre, pero no tenía talento para la fantasía. Como Santo Tomás Apóstol, insistía en toquetear una aparición antes de creer en ella.

Por eso me quedé tan sorprendido la noche en la que se me apareció en casa y me dijo que había visto un fantasma.

Vamos a ver. Las innumerables mañanas, tardes y noches que pasé oyendo a Bevilacqua entonar áridos pasajes de su vida, viéndolo fumar cigarrillo tras cigarrillo jabalonados entre dos largos dedos color ámbar, viéndolo cruzar y descruzar las piernas para de pronto ponerse en pie y dar grandes zancadas por mi habitación, se convierten en mi memoria en un solo y monstruoso día habitado exclusivamente por este hombre escuálido y gris. Mi memoria, cada día más dada al lapsus, es a la vez precisa e imprecisa. Quiero decir que no consiste en un tejido de nítidos recuerdos, sino en un amontonamiento de muchos recuerdos minuciosamente confusos, contaminados, diría yo, de literatura. Creo recordar a Bevilacqua, y pienso en retratos de Camus, de Boris Vian...

Yo ahora comparto con aquel Bevilacqua, si no la escualidez, ciertamente el tono grisáceo. Por lo demás, yo, inconcebiblemente, he envejecido, tengo panza; él, en cambio, sigue teniendo la edad de cuando lo conocí, que hoy en día tildamos aún de joven y que por entonces llamába-

mos madurez. Yo he proseguido, como quien dice, la lectura de aquella narración que iniciamos juntos, o que inició Bevilacqua en una Argentina que ya no es nuestra. Yo conozco los capítulos que siguieron a su muerte (iba a decir «desaparición» pero esa palabra, amigo Terradillos, nos está prohibida). Él, por supuesto, no. Quiero decir que su historia, esa que tejió y destejió tantas veces, es ahora mía. Soy yo quien decidiré su suerte, soy yo quien daré sentido a su itinerario. Ésa es la misión del sobreviviente: contar, recrear, inventar, por qué no, la historia ajena. Tome cualquier cantidad de hechos en la vida de un hombre, distribúyalos a su gusto y placer, y allí tiene usted un cierto personaje, de una verosimilitud incontestable. Distribúyalos de una manera una pizca diferente, y ¡caramba! el personaje ha cambiado, es otro, pero igualmente verdadero. Todo lo que puedo decirle es que pondré el mismo cuidado en relatarle la vida de Alejandro Bevilacqua que desearía yo que pusiese mi narrador, cuando llegue el momento, en relatar la mía.

Porque no se trata aquí de hacerle un autorretrato. No es Alberto Manguel quien a usted le interesa. Y sin embargo, una breve incursión en este brazo tributario será necesaria para poder luego navegar con más atino el río padre. Le prometo que no me demoraré en mis riberas ni arrastraré una barredera por mis fondos. Pero ne-

cesito explicarle ciertos hechos compartidos y para eso, algún aparte será inevitable.

Creo que alguna vez que usted me entrevistó, Terradillos, yo le conté cómo fue que me vine a vivir a Madrid a mediados de los setenta, instalándome en dos minúsculas habitaciones en lo alto de la Calle del Prado, disfrutando de una beca americana y de esa salud que sólo se tiene antes de llegar a la treintena. Allí, créalo o no, pasé casi un año y medio, para luego huir, después de lo ocurrido, a refugiarme aquí, en Poitiers. Usted me preguntó entonces por qué Poitiers. Le contesto ahora: por no quedarme en Madrid, ciudad para mí infectada por la sombra de Alejandro Bevilacqua. Las pocas veces que he vuelto, en estos años que todo ha cambiado y la ciudad tiene música y luz, aun cuando estoy sentado en un café de la Castellana o de la Ópera he notado su presencia a mi lado, sus dedos sobre mi brazo, el olor de su tabaco en mis narices, la cadencia de su voz en mis oídos. No sé si Madrid es particularmente apta a tales embrujos. Usted y yo sabemos que en Poitiers no ocurre así.

Cosa rara: a veces no puedo asegurarle a ciencia cierta si un determinado recuerdo es suyo o mío. Le doy un ejemplo. Bevilacqua hablaba con cariño de su casa en Belgrano, donde vivió con su abuela paterna. Yo también viví en ese barrio de casas austeras y calles bordeadas de jacarandá, pero unos siete, ocho años después de que Bevi-

lacqua se hubiera mudado al centro. Ahora no sé si la casa que entreveo es la mía o la que me describió Bevilacqua, con sus puertas de vidrio arlequinado, sus empinadas escaleras, la cortina de terciopelo que separaba el salón del comedor, la araña reflejada en la mesa de caoba, la biblioteca con los azules volúmenes de *El tesoro de la juventud*, la orquesta de monos de Meissen con pelucas empolvadas que ensayaba un mudo concierto. No sé si ésta no es una casa inventada con recuerdos en parte suyos y en parte míos, y no lo sabré nunca, ahora que el barrio ha sido echado abajo para cultivar rascacielos. A Bevilacqua, que exigía precisión aún a sus alucinaciones, le hubiese importado. A mí no.

Bevilacqua suponía que sus escrúpulos eran herencia de su abuela, mujer severa y exigente, de un estilo que llamaríamos aquí en Europa menos católico que luterano. Durante toda la infancia de Alejandro, la abuela le había recordado que el ojo de Dios nos vigila siempre, noche y día, con la ferocidad del sol, y que cada gesto, cada pensamiento, es registrado en su Gran Libro de Cuentas, como el que se abría sobre el pupitre de la tienda. Fiel a esa convicción, la señora Bevilacqua administraba su negocio con ejemplar rigor e higiene, y nunca se dejó seducir por la nueva corriente de supermercados que reemplazaron tiendas como la suya con estanterías plastificadas y luces de neón. Hasta bien entrada la década de

los sesenta, La Bergamota fue el orgullo del barrio de Belgrano.

Con igual rigor trataba al nieto. Privaciones, prohibiciones, la paleta para apalear alfombras alternaban con recompensas y caricias. Por no sé qué pavada adolescente, cierta vez lo mantuvo encerrado en su habitación durante tres largos días, sin comer ni beber más que pan y agua. Bevilacqua me aseguró que no estaba repitiendo un lugar común: una rebanada de pan tres veces por día y una jarra de agua de la canilla. Tenía algo de medieval la señora Bevilacqua, algo de dueña agriada e inflexible, algo de capataza o de regenta.

Y sin embargo, a pesar de los públicos deseos de la señora Bevilacqua, de que su nieto siguiese la tradición familiar, él nunca sintió que su destino eran las salchichas y los quesos. Después de la escuela, antes de entrar en la tienda fragante de salmuera donde ayudaba a su abuela a pescar cucharadas de aceitunas en los toneles de roble o a dar vuelta a la manivela para cortar rebanadas de jamón cocido, Bevilacqua se detenía frente a la librería (esto lo imagino yo) cuyo escaparate ofrecía los volúmenes amarillos de la colección *Robin Hood* y se ponía a soñar con países lejanos y encuentros extraordinarios. Era él un Sankokán, un Phileas Fogg, y sus reinos lejanos eran las islas del Tigre, su princesa hindú la hija del farmacéutico. Más tarde, ya adulto, entendió que lo que lo atraía no eran ni los viajes ni las

aventuras, sino meramente lo que parecía inalcanzable.

¿Cuándo lo vi por primera vez? En Madrid, en febrero o marzo de 1976, en las oficinas de Quita, nuestra celestina, nuestra némesis.

Blanca, Blanquita, Blanquita Grenfeld. Larralde de Grenfeld. Siempre elegante, siempre lucida, siempre al tanto de la última *nouvelle vague*. ¿No sabe a quién me refiero? ¡Ay, Terradillos! ¡Qué curiosas son las maniobras de la fama! En la Argentina, antes de la dictadura, Blanquita Grenfeld era la que todo lo decidía en el mundo de la cultura. Hija menor de los estancieros Larralde, que todo lo perdieron en un esfuerzo por instalar no sé si yaks o camellos en la pampa, morocha casi mulata, casada adolescente con no recuerdo qué industrial alemán que tuvo la delicadeza de morir poco tiempo después, feliz en su viudez que la liberó al mismo tiempo de un padre manoseador y de un marido necio, Blanca Larralde de Grenfeld usó el nombre del papá incestuoso y la fortuna del difunto industrial para fundar su propia república de las artes y las letras. En Buenos Aires, no se colgaba un cuadro, no se publicaba un libro, no se proyectaba una película o presentaba una pieza sin que Quita (así la llamaban desde el más burocrático de los oficiales hasta el más anárquico de los artistas) dijese «presente». Quita estaba en todo. Quita fue también una de las primeras en irse. «Vamos a hacer cultura en la Ma-

dre Patria», Quita había dicho, cuando los militares empezaron a cerrar locales y a allanar teatros y galerías.

A las pocas semanas de instalarse en Madrid, Quita había fundado la Casa Martín Fierro en un cuarto piso en la Prospe, entre los pequeños chalés y viviendas obreras. Allí recibía, como una refinada materfamilias, a los fugitivos, redimidos, despojados, estropeados, perdidos y salvados, que las varias dictaduras de América Latina no habían logrado (permítame el transitivo) desaparecer del todo. Exquisita en su *tailleur* y sus perlas, el tapado de piel de leopardo puesto sobre los hombros como una capa, un aristocrático vello sobre el labio superior y la mirada siempre atenta detrás de grandes anteojos de carey, Quita tenía para cada uno la palabra adecuada, sin ese dejo de desprecio que suele tener la filantropía. Detrás del escritorio de la recepción, una flamante estantería desplegaba un ejemplar encuadernado en piel de vaca de la obra del inmortal Hernández, varios libros de autores proscritos por los militares, y un par de mates con los que Andrea, la siempre fiel ayudante, había aprendido a convidar a los reciénvenidos. Desde entonces, ningún refugiado llegaba a España sin pasar por lo de Quita a presentar credenciales.

El teléfono sonó temprano una mañana cuando pensaba poder recuperar una de esas largas deudas de sueño que son privilegio de la juventud. Era Quita.

«Véngase ahora mismo.»

Con los ojos cerrados pregunté adónde.

«Al Martín Fierro, claro.»

Dije que no entendía. Quita suspiró con impaciencia. Había un nuevo grupo de argentinos que necesitaban nuestra ayuda. El plural, no sé muy bien por qué, me incluía. Y, lo confieso, me llenaba de orgullo. Quita me consultaba a mí. Ergo, yo existía.

Me explicó que uno de los refugiados era, al parecer, un escritor.

«De novelas», agregó Quita. «El apellido es Bevilacqua. Muy buen mozo, ¿lo conoce?»

Le dije que no. La verdad es que, desde que había salido de Buenos Aires, yo no estaba muy al tanto de la literatura argentina. Con la arrogancia de la juventud, opiné que si este Bevilacqua había publicado algo en los últimos dos o tres años, sus libros serían sin duda o propaganda oficial o papillaseudoromántica.

«Estamos a la espera de un renacimiento», agregué, pero Quita ya había colgado.

Cuando entré en el Martín Fierro, Bevilacqua estaba instalado en una minúscula silla con la dignidad de un hombre sentado en un trono. Al verme se puso de pie.

Era la persona más triste que jamás he conocido. Los otros que lo acompañaban, tres o cuatro recién llegados, me miraron como perros en una perrera, y parecían, en comparación, meramente